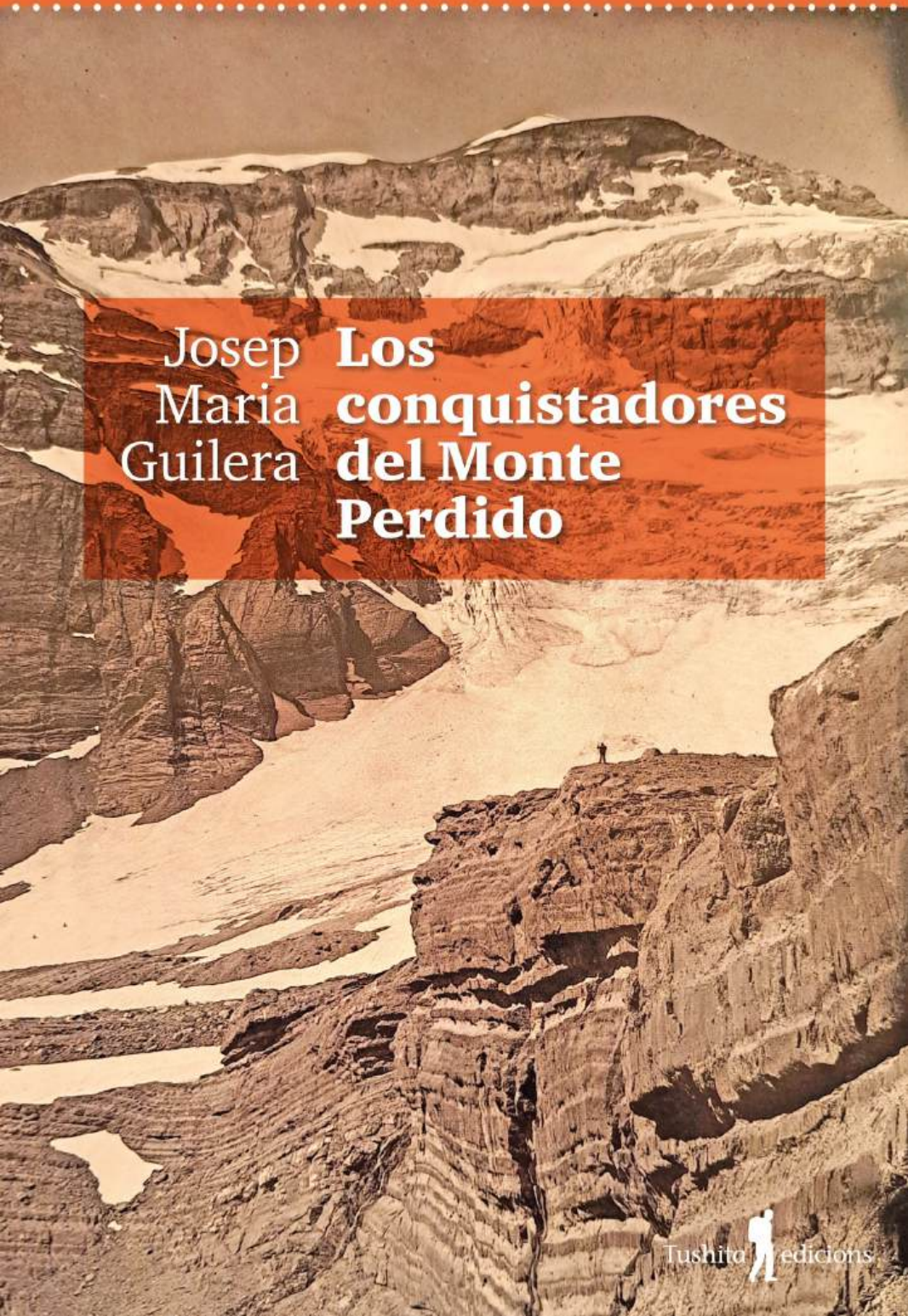
MONTE PERDIDO



Josep Maria Guilera

Los conquistadores del Monte Perdido

Tushita edicions

MONTE PERDIDO

Josep Maria Guilera

Los conquistadores del Monte Perdido

Tushita edicions

LOS CONQUISTADORES DEL MONTE PERDIDO

Josep Maria Guilera

Primera edición: octubre de 2026

© del texto: Josep Maria Guilera
© del prólogo: Joaquim Casal Fabrega

© 2026 Tushita edicions
www.tushitaedicions.com
info@tushitaedicions.com

Diseño de la colección y de las portadas: Marc Ancochea
Maquetación: Sir Gawain & Co

Impreso en Romanyà Valls
ISBN: 979-13-992448-6-1
Dipòsit legal: B 19108-2026
Thema: SZG, DNB, 1DSE-ES-CA, ADS, MNQ, 3MPB

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la su transmisión a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, a través de fotocopia, mediante grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Fotografia de la portada: Glaciar_de_Monte_Perdido,_Foto Lucien Briet (1895) - (© Wikimedia commons)

Fotografia de la contraportada: Glaciar_de_Monte_Perdido,_Foto Lucien Briet (1896) - (© Wikimedia commons)

Fotografia del autor en la página 5: (© Archivo familiar de Josep Maria Guilera).



Josep Maria Guilera i Albiñana

ÍNDICE

Prólogo, de Joaquim Casal Fàbrega | 9
Nota biográfica | 17

PRIMERA PARTE:
RAMOND DE CARBONNIÈRES | 21

Capítulo I.
VARIOS NOMBRES PARA UNA MISMA MONTAÑA | 23

Capítulo II.
1777 - LOS ALPES ANTES QUE LOS PIRINEOS | 33

Capítulo III.
EL ASUNTO DEL COLLAR, ANTESALA DEL PIRINEO 1778-1787 | 48

Capítulo IV.
RAMOND LLEGA A LOS PIRINEOS | 66

Capítulo V.
BENASQUE, MALADETA Y VALLE DE ARAN | 78

Capítulo VI.
LOS «CARNETS PYRENÉENS» | 105

Capítulo VII.
EL ASEDIO AL MONTE PERDIDO | 120

Capítulo VIII.
1802: UN AÑO DECISIVO | 131

Capítulo IX.
LA SEGUNDA RELACIÓN DEL *VOYAGE AU SOMMET DU MONT-PERDU* | 141

SEGUNDA PARTE: MARCHA ATRÁS | 167

Capítulo X.
EL PASTOR ARAGONÉS | 169

Capítulo XI.
PRECURSORES EN LAS TRES SORORES | 178

Capítulo XII.
OTRA MARCHA ATRÁS: HEREDIA Y JUNKER (1789-1793) | 192

Capítulo XIII.
1792 - HEREDIA: LAS TRES SORORES | 206

Capítulo XIV.
LA COMISIÓN DE LÍMITES | 218

Capítulo XV.
REINANDO CARLOS III... | 233

Capítulo XVI.
CONCLUSIONES | 243

Prólogo

No conocí personalmente a Josep Maria Guilera, pero tengo muy claro que me habría gustado mucho hacerlo. Nacido en Barcelona en 1899, fue una persona reconocida en el mundo del montañismo, en el que fue muy activo tanto en lo relacionado con su actividad en la alta montaña como con su contribución literaria en este ámbito.

Guilera es una figura importante en la historia del montañismo catalán: realizó notables escaladas y ascensiones en el Pirineo y en los Alpes, y practicó el esquí desde muy joven, ganando diversos campeonatos. Escritor infatigable, publicó varios libros y numerosos artículos.

Como mi padre también era un activo montañero, en casa teníamos todos sus libros. Desde muy joven yo había leído ya unos cuantos; recuerdo muy especialmente *Excursions pel Pirineu* y *El Pirineu a trossos*. Y también rememoro un detalle anecdótico: mi padre detectó un pequeño error en uno de sus libros; Guilera mencionaba las cosechas de «trumfas» (patatas) en Cataluña en una fecha anterior al descubrimiento de América por Colón. Le envió una carta comentándoselo, y Guilera le respondió agradeciéndole la observación.

Doce años después de su muerte, me casé con su nieta. Y un buen día, cuarenta años más tarde, hablando de él y de sus libros con sus dos hijas, descubrí que estas tenían un original no publicado ¡guardado en un cajón! Quedé muy sorprendido y dije que me gustaría verlo. "Ningún problema". Un momento más tarde lo tenía en mis manos.

Era *Los conquistadores del Monte Perdido*, obra presentada por Guilera al Premio Olimpia. A este premio, convocado en 1969 por la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, podían presentarse novelas basadas en temas relacionados con el deporte. Guilera era perfectamente consciente de que su original no se ajustaba del todo a las bases del premio;

en una carta dirigida a los miembros del jurado decía: "El autor de esta obra empieza por admitir que no se trata de una novela."

Y, después de comentar la importancia de estudiar los inicios de la exploración del Pirineo y las primeras ascensiones a sus cimas —inicios fundamentales del excursionismo y el pirineísmo de aquel momento—, continuaba diciendo: «Ante la falta que observamos los que, sin ser profesionales, nos satisface dedicarnos a investigaciones de índole histórica, de encontrar convocatorias para concursos idóneos, y creyendo haber servido al espíritu deportivo con la obra *Los conquistadores del Monte Perdido*, el autor espera que la consideren apta para su admisión entre las otras optantes al premio.»

La obra fue admitida y, posteriormente, incluida entre las dieciséis seleccionadas como finalistas, pero no ganó el premio. El jurado la consideró un caso especial, haciendo notar en el veredicto lo siguiente:

> «Es un caso especial. En una hoja aparte, el autor afirma que esta obra no es ninguna novela y que, si el jurado del Premio Olimpia busca eso, no es necesario iniciar su lectura. Dice que si se presenta a concurso es porque en las bases se piden 'temas que guarden relación con el deporte', y su obra, con hechos auténticos, responde a este concepto. En efecto, no es un libro de literatura de imaginación, sino crónica histórico-científica-deportiva. En dicho aspecto, es un trabajo muy valioso por su rigor, por el espíritu que lo preside y por la dignidad del estilo. Merecería ser editado en alguna colección especializada, pues aporta muchos conocimientos sobre el montañismo y es un canto a la indomable voluntad humana, que aspira siempre a ir más allá.»

En una carta dirigida ese mismo año a José Antonio Odriozola (quien un año más tarde sería presidente de la Federación Española de Montañismo), Guilera le decía:

> «Por primera vez, y después de haber publicado seis libros en catalán, me he acogido a la lengua castellana. Y es que el tema del Monte

Perdido sale del marco del excursionismo catalán para caer de lleno en el descubrimiento del Alto Aragón, en particular del macizo de las Tres Sorores y de sus cañones, como Ordesa o Pineta. Temas que pueden encontrar muchos lectores a lo largo del Pirineo y fuera del mismo.»

Josep Maria Guilera murió a los setenta años, el 18 de abril de 1970, cinco días antes de que se concediera el premio. Su muerte impidió la publicación de esta obra, que sin duda él habría gestionado en poco tiempo.

En la elaboración de este libro, Guilera contó con dos colaboradores: Jean-Jacques Martin, descendiente de Ramond de Carbonnières, que redactó el Capítulo IX ; y Luc Maury, del Club Alpin Français, autor del Capítulo XI.

En una carta fechada el 16 de agosto de 1969, escrita desde La Molina, Guilera le decía a Martin:

«J'ai le plaisir de vous joindre le chapitre sur la 2e relation de Ramond concernant l'ascension du Mont-Perdu, que j'ai traduite pour la faire figurer comme un chapitre d'un livre que je compte intituler Les découvreurs du Mont-Perdu. Par la table des matières, vous aurez une idée de son contenu. J'ai travaillé quelques jours à La Molina pour le mettre en ordre, et il ne manque plus que la dernière révision ; je vous prie de me retourner votre collaboration afin de la réunir avec le texte complet. Vous pouvez apporter les corrections que vous jugerez nécessaires. Par ailleurs, un chapitre est fourni par Monsieur Luc Maury ; par conséquent, si je parviens à le publier, le livre aura trois auteurs au lieu d'un seul. Cette fois, je l'ai écrit en langue espagnole, car je pense que le texte intéressera surtout en Aragon et en Navarre.[1]»

---

1. «Tengo el placer de adjuntarle el capítulo sobre la 2ª relación de Ramond sobre la ascensión al Monte Perdido, que he traducido para hacerla figurar como un capítulo de un libro que pienso titular *Los descubridores del Monte Perdido*. Por el índice tendrá usted una idea de su contenido. He trabajado algunos días en La Molina poniéndolo en orden, y sólo falta la última revisión; le ruego me devuelva su colaboración para reunirla con el texto completo. Puede usted hacer las correcciones que considere. Por otra parte, un capítulo lo proporciona el señor Luc Maury; por tanto, si consigo publicarlo, el libro tendrá tres autores en lugar de uno solo. Esta vez lo he escrito en lengua castellana, ya que pienso que el texto va a interesar sobre todo en Aragón y Navarra.» [N. del A.]

En su respuesta, fechada el 21 de agosto de 1969 en Bagnères-de-Bigorre, Martin le contestaba:

> «Voy a empezar la lectura de sus ensayos y le devolveré todo lo de dicho capítulo cuando esté terminado. Supongo que tal es su deseo, pero no merece que añada mi nombre al suyo como autor de la obra.»

Y en la carta siguiente, del día 24 de agosto, le decía:

> «Se acabó mi faena más pronto de lo que suponía. Las dos hojas de notas explican mi trabajo; la primera es de cierta importancia y creo que será preciso incluirla en el cuerpo del capítulo, las demás son detalles de corrección.»

El interés por la ascensión a las cimas del Pirineo apareció unos años más tarde que en los Alpes. Y un aspecto que catalizó este interés en ambos casos fue la voluntad, por parte de quienes entonces iban a la montaña, de ascender al pico más alto de estas dos cordilleras.

Fue en los Alpes donde un joven Ramond de Carbonnières descubrió el interés y el amor por las montañas. La primera ascensión al Mont Blanc se realizó en 1786 por Jacques Balmat y Michel Paccard, auspiciados por Horace de Saussure, quien también alcanzaría la cima al año siguiente.

Las vicisitudes de la vida de Ramond —entre ellas el famoso «*affaire du collier de la reine*[2]», del que fue el único de los implicados que salió bien librado— lo llevaron en 1787, siguiendo al cardenal Rohan (de quien era secretario), a vivir en el pueblo de Barèges, al pie de los Pirineos. Este conjunto de circunstancias lo impulsó a convertirse en uno de los pioneros del pirineísmo.

---

2. Ver capítulo 3 [N. del Ed.]

Ese mismo verano, comenzó a explorar el macizo, ascendiendo, entre otros, al pico de Midi de Bigorre. Y en 1789, regresado ya a París, publicó *Observations faites dans les Pyrénées, pour servir de suite à des observations sur les Alpes*.

El Monte Perdido, considerado por Ramond en ese momento el pico más alto del Pirineo, jugó un papel fundamental en el desarrollo del alpinismo —o mejor dicho, del «pirineísmo»— tanto en la vertiente española como en la francesa. Ramond de Carbonnières hizo de él su objetivo. Pero, al igual que sucedió con el Mont Blanc y Horace de Saussure, no fue él quien logró la primera ascensión, sino sus dos guías. Él hizo la segunda.

Este libro, fruto de una amplia labor de investigación bibliográfica y de un riguroso análisis de la información recopilada hace más de cincuenta años, constituye una valiosa aportación a la historia de los inicios del montañismo en ambas vertientes del Pirineo.

Uno de los temas más apasionantes que trata la obra es el análisis de quién fue realmente el primero en alcanzar la cima del Monte Perdido: ¿el pastor aragonés (que quizá no era pastor sino tratante de ganado o contrabandista), como planteó el propio Guilera en su artículo «*El primer escalador del Monte Perdido fue un aragonés*», publicado en 1962 en la revista *Montaña*? ¿O Laurens y Rondó, acompañados del pastor, que hicieron la ascensión con gran disgusto de Ramond? ¿O quizá el cura de Pineta, como había sugerido el ingeniero de minas Jean de Charpentier? ¿Fue realmente la ascensión de Ramond la segunda?

En cualquier caso, me parece importante lo que Luc Maury le decía a Josep M. Guilera en una carta fechada el 27 de agosto de 1969:

> «Si parece demostrado que Ramond no fue el primero ni el segundo ascensionista del Monte Perdido, sí fue en cambio quien lo descubrió, si, como sugiere Beraldi, quien descubre es quien asciende, quien lo dice y lo escribe. Así transmite su conocimiento a otros y realiza una obra útil. Y es cierto que los escritos de

Ramond han dado al Monte Perdido, y a los Pirineos en general, en los círculos montañeros, una reputación inigualable y lo han envuelto en un halo de gloria.»

En una carta anterior a Luc Maury, fechada el 16 de agosto de 1969, Guilera le había dicho:

«Le envío la traducción de su original, para que la revise e introduzca las correcciones que considere oportunas, devolviéndomela después para unirla al resto de los capítulos. Si el libro puede publicarse, quisiera añadir un segundo volumen dedicado al descubrimiento del resto de montañas de Aragón (no de Cataluña). He traducido ya los textos del conde Russell sobre el Cotiella y la Peña Collarada; de Schrader, sobre los valles de Ordesa, Pineta y Barrosa; del ingeniero aragonés Lucas Mallada, sobre la descripción de los valles del Alto Aragón, así como los de nuestro Juli Soler i Santaló, publicados antes de 1914 en el *Butlletí* del CEC.»

Desgraciadamente, su muerte impidió la redacción de este segundo volumen. También impidió la publicación del primero, el dedicado al Monte Perdido, que ha reposado más de medio siglo en un cajón.

No disponemos de la versión final, pero sí de una anterior, en la que aún figuran correcciones manuscritas del propio Guilera, a partir de las cuales ha sido posible completar esta edición. Tampoco se conserva el mapa citado en el texto, ni fotografías. Las que aparecen en esta edición han sido seleccionadas entre las que se conservan en las colecciones de las hijas del autor. En una de las dos carpetas hay también algunas cartas de la correspondencia intercambiada entre Guilera, Maury y Martin, así como información sobre el Premio Olimpia.

Afortunadamente, este libro ha sido rescatado del olvido y ve la luz ahora, cincuenta y cinco años más tarde, aportando una valiosa información sobre los inicios del pirineísmo.

Joaquim Casal Fàbrega

Nota de los editores: El autor del texto mecanografiado, que es el que ha llegado hasta nuestras manos, tiene numerosas palabras y frases subrayadas, la mayoría de las cuales hemos cambiado por cursivas porque ese era el espíritu de los subrayados; aunque, por otro lado, hemos mantenido alguna frase subrayada y alguna otra en negrita para darle el énfasis que tenía en el original de Josep Maria Guilera. Por otro lado, los corchetes indican tanto comentarios o aclaraciones del propio autor como del autor del prólogo.

NOTA BIOGRÁFICA

Josep Maria Guilera i Albiñana: Nacido en Barcelona el 5 de diciembre de 1899, estudió la carrera de Ingeniería Química en el Institut Químic de Sarrià. Su familia veraneaba en Ribes de Freser y fue allí donde vio por primera vez esquiadores y trineos moviéndose por las pendientes nevadas, en la primera Semana de Deportes de Invierno de Ribes organizada por el Centre Excursionista de Catalunya (CEC) en 1911. Así nació su interés por los deportes de montaña que habían de marcar su vida.

Cuatro años más tarde, en el marco de la misma Semana, consiguió que le dejasen un trineo con el que se deslizó por primera vez sobre la nieve.

Muy interesado por los deportes de montaña, se hizo socio del CEC en 1917. Dos años más tarde tuvo sus primeros esquís, convirtiéndose en un acérrimo practicante de este deporte. Simultáneamente practicaba también el montañismo; miembro de la Sección de Deportes de Montaña del CEC, desarrolló una intensa actividad de ascensiones en alta montaña y escalada.

El día 1 de enero de 1920, junto con los consocios Estasen, Cirera y Jiménez, efectuó la travesía con esquís Núria-Puigmal-La Molina, un precedente que contribuyó en gran manera a impulsar el esquí de montaña y el esquí de fondo en Cataluña.

Participante muy activo en las competiciones de esquí, ganó la medalla de plata de la Copa Puigmal en 1921. En el año 1924 ganó el Primer Campeonato de Cataluña de esquí de fondo, celebrado en La Molina, que volvería a ganar en

1927 y 1928. Y un año más tarde fue el primer catalán que se proclamó campeón de España de la misma especialidad al ganar la Copa del Rey Alfonso XIII.

En 1930 participó en el IV Congreso de la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo, celebrado en Cortina d'Ampezzo.

Desarrolló una intensa actividad en el Centre Excursionista de Catalunya, formando parte de la comisión de publicaciones y siendo asimismo miembro de diversas juntas directivas y presidente de la Sección de Deportes de Montaña.

Tuvo un papel muy activo como secretario de la comisión que inició y llevó a muy buen término el Chalet de La Molina, un precedente y una pieza muy importante en los inicios de toda la infraestructura que había de permitir el desarrollo del esquí en aquella zona del Pirineo. Fue también el introductor de los telesquís en España en 1942-1943 juntamente con Ignasi Folch, instalando los primeros en La Molina, concretamente el de Font Canaleta.

Entre los años 1941 y 1946 presidió la Federación Catalana de Esquí, precedente de la Federación Catalana de Deportes de Invierno. Fue asimismo delegado de excursionismo de la Lliga d'Entitats Esportives de Catalunya y delegado de esquí del Comité Olímpico Español.

Activo practicante en el ámbito del alpinismo y la escalada, en 1919 realizó, con Estasen, Badia y Puntas, la primera ascensión invernal al Pedraforca. El verano de 1920 efectuó el descenso por la canal del Collado Maldito, en la Maladeta, haciendo cordada con Canals, Feliu, Cernic, Herzog y los hermanos Estasen. Durante los veranos de 1925 y 1926 llevó a cabo una serie de ascensiones en los Alpes: Mont Blanc, Grands Charmoz, Petit Charmoz, Aiguille du Grépon, Aiguille d'Argentière, Nord de Cavaliere, Les Bans, Neige Cordier. Y, unos años más tarde, Monte Cristallo en los Dolomitas, y Annakogl en los Alpes de Ötztal (1934), entre otras.

Efectuó también la ascensión al Aneto por el espolón de la cara sur haciendo cordada con Joan Brunet y Josep Rovira

(julio de 1930), pensando que hacían una «primera», aunque pocos días antes ya había sido ascendido por una cordada francesa. El mismo año realizó la segunda ascensión a la cara norte del Pedraforca por la vía *Estasen*, encordado con el mismo Lluís Estasen y Albert Oliveras. Y en abril de 1932 efectuó la ascensión de la Maladeta Occidental en condiciones invernales.

Como escritor e historiador publicó los libros *Excursions pels Pirineus i pels Alps* (1927), *Carnet d'un esquiador (1915-1930)* (1930), *El Pirineu a trossos* (1958), *Excursions pels Pirineus* (1959), *Una història d'Andorra* (1960) y *Unitat històrica del Pirineu* (1965). El año 1960 obtuvo el premio literario del Comité Olímpico Nacional de Italia en el concurso «*La Montagna Italiana*» y en 1967 ganó el Premi Ciutat de Barcelona por el ensayo «*Jurg Jenatsch, patriota dels Grisons*».

Se le considera un magnífico escritor pirineísta. De la obra *Una història d'Andorra* dice Josep M. Trias de Bes en el prólogo: «Escrita con prosa fluida, de elegante sobriedad, puede estimarse como un verdadero modelo de narración un perfecto equilibrio entre la solvencia histórica y una singular amenidad que perdura hasta la última página».

Colaboró habitualmente en la revista *Muntanya* del CEC y en otras publicaciones periódicas, como *La Vanguardia*, *La Veu de Catalunya*, *El Correo Catalán*, *La Publicitat*, *Sport*, *La Gaceta Deportiva*, *El Matí*, *D'ací d'allà*, etc. En 1946 y 1970 recibió la medalla de plata de la Federación Española de Montañismo. Hablando bien alemán, italiano y francés, desde los cargos que ocupó gestionó interesantes relaciones con instituciones como la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo o la Federación Internacional de Esquí y clubes como la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara o el Club Alpino Español. Se relacionó también con personalidades notables de otros países como el montañero, escritor y pionero del esquí en Europa Arnold Lunn, o esquiadores prestigiosos como el austríaco Hannes Schneider y el noruego Sigmund Ruud.

Guilera fue un trabajador incansable y realizó una ingente labor, pero hay una circunstancia que le confiere un mérito adicional: estuvo muy enfermo durante treinta años. La familia explica que ya estaba enfermo a la edad de 39 años. A pesar de ello, luchó para llevar una vida activa e intensa y, evidentemente, lo consiguió.

Murió en Barcelona, el 18 de abril de 1970.



PRIMERA PARTE

RAMOND DE CARBONNIÈRES

Capítulo I

VARIOS NOMBRES PARA UNA MISMA MONTAÑA

En el verano del año 1792, un oficial geodésico al servicio de Francia, pero de origen alemán, se encontraba en el Pirineo en una misión concertada entre España y Francia para levantar el mapa oficial de la frontera. Ambas comisiones de delimitación habían comenzado por Fuenterrabía y se iban adentrando en la cordillera.

Su nombre era Junker y estaba poco acostumbrado a escuchar y recordar los nombres extraños que sus peones daban a las montañas que iban midiendo con sus aparatos. Un día, hablando de un monte que se descubría a lo lejos y se adentraba en Aragón, oyó un nombre que se apresuró a anotar sobre la marcha, en una cartulina ya repleta de otras listas tan prosaicas como las del inventario de efectos personales que componían el equipo para sus exploraciones. Era una palabra que no convenía olvidar, y dejó escrito: «Mont-pregut». Lo cual era un error, ya que la mención se refería al «Mont-Perdu» o Monte Perdido.

Por otra parte, se conocía entonces un mapa considerado como el más antiguo de los Pirineos, levantado en el año 1715 y grabado en 1720, a escala 1:300.300, obra de Roussel para el uso de los militares del siglo XVIII. Señalaba con bastante exactitud los pasos —puertos y collados— que ofrecía la frontera, pero tenía la particularidad de estar invertido respecto a los mapas actuales: España aparecía arriba y Francia abajo. Entre los valles de Broto y Barèges, y entre los trazos de unas

líneas que indicaban colinas —que en realidad eran cumbres muy altas—, figuraba la indicación de un lago y el nombre «lac du Mont-Perdu». Pero Roussel se olvidó de situar a su alrededor la existencia real de tal monte perdido. El lago se hacía fluir en dirección a Francia como alimentador de las cascadas de Gavarnie, las cuales sí estaban indicadas en el mapa, pero se ignoraba entonces que ese lago vierte sus aguas hacia Aragón y el valle de Pineta, por medio de otras cascadas que tampoco constaban en el documento.



En el año 1787 llegó a los Pirineos el noble alsaciano Louis Ramond de Carbonnières, cuyas primeras actividades, y una prolongada estancia entre 1792 y 1805, serán objeto principal de estas páginas. Este joven personaje de la corte de París sentía afición por las ciencias naturales y se propuso conocer aquellas montañas. Había estado en los Alpes, que recorrió con minuciosidad, y era autor de un libro sobre «Observaciones alpinas», precursor de otras muchas observaciones dedicadas a sus nuevas montañas.

Al día siguiente de su llegada a Barèges, sube al pico de Midi de Bigorre, del cual le habían dicho que era el mejor observatorio sobre la cordillera. En efecto, se complace con la gran visión panorámica, compone una teoría acerca de su formación y distribución y escribe:

> «… el *Mont-Perdu* constituye el centro principal de una enorme aglomeración calcárea, que también se llama *Marboré*, y la estructura de los Pirineos sigue en bandas sucesivas cada vez más elevadas en dirección sur. [Refiriéndose a España].»

El espectáculo le llena de admiración, lo atrae de inmediato y forma el propósito de explorar aquellas montañas en la dirección que acaba de descubrir.

El 10 de agosto ya está en la brecha de Rolando, pero, ante la limitación del panorama que desde tal punto se puede obser-

var, vuelve al pico de Midi. Entra en relación con unos geógrafos como Raboul y Vidal, que comparten sus aficiones y le informan de que han efectuado mediciones de las principales montañas, y que al Mont-Perdu le han asignado la cota de 1.763 toesas, que corresponden a 3.463 metros[3], y le declaran que es el pico de mayor elevación de toda la cordillera.

Desde su observatorio, Ramond había visto una montaña situada muy al este, que sobresalía entre las demás de su lejana vecindad, pero no consigue más que escasas noticias, pues todavía no se ha explorado. Ante la posibilidad de que por allí existan cumbres más altas, Ramond decide realizar un viaje de exploración a través de Aragón, y lo lleva a cabo de inmediato, partiendo el 16 de agosto de ese mismo año. Emprende la excursión —que luego comentaremos— por el valle de Oo y Espingo, para entrar en España por Estós y bajar a Benasque. Regresa a Francia por el puerto de Benasque y Bagnères de Luchon, pero el tiempo cubierto e inseguro le impide la visión atenta de las nuevas montañas, de las que solo conoce los nombres. Son los Montes Malditos.

Para mayor seguridad, decide hacer marcha atrás y volver a pasar el puerto de Benasque con un guía y un cazador, para subir a alguna de sus cumbres. Empieza con dos días de temporales de lluvia que lo retienen en el hospice de Francia. Al mejorar la situación, parten hacia el puerto, bajan hasta el valle y atacan una de sus cimas. Pero diversas incidencias dejan a Ramond solo, subiendo hasta una cresta desde donde descubre un monte muy destacado que queda más hacia levante, pero no consigue esclarecer el enigma de su altura.

Aferrado a la creencia de que el Monte Perdido es el más alto, decide desde entonces dedicarle sus constantes afanes. Si algún día consigue coronar su cima, será considerado como el campeón de todo el Pirineo. Igual que había sucedido pocos

---

3. Actualmente la altura del Monte Perdido es de 3.352 metros y la del pico Aneto, de 3.404 metros [N. del A.] 3.355 y 3.403,5 metros, respectivamente, según Wikipedia (consulta 2026). [N. del Ed.]

años antes en los Alpes con Horace-Bénédict de Saussure, al unir su fama de conquistador del Mont Blanc con el resto de aquellas montañas de más de cuatro mil metros.



Pero el monte al cual Ramond va a dedicar exclusiva atención al volver a los Pirineos en 1792 ofrece una singular particularidad. Se perfila y destaca cuando se lo observa desde lejos y desde puntos elevados, pero se esconde y se esfuma cuando se lo busca desde las cercanías de Héas y de Gavarnie. Las murallas del circo son demasiado verticales para permitir la proyección de las cumbres que se alzan en segundo plano. Encima de Gavarnie y en torno a su circo, solo destacan los Astazous y el Marboré, que no son más que avanzadas del conjunto. Contrariado, Ramond anotará:

> «Este *Mont-Perdu*, que cuando se sube a otros picos se ve por todas partes, no aparece por ninguna parte mientras se discurre por los valles.»

Su primera tarea consistirá en descubrir y situar su montaña, conocer el lugar que ocupa, el sitio de su emplazamiento y los caminos por los que se pueda llegar a sus bases. Esto no ocurrirá hasta diez años más tarde, con la primera expedición por el lado español. Tuvo que esperar a que se restableciera la paz entre ambas naciones, alterada por las consecuencias de la Revolución francesa.

Cuando por fin llega a Tucarroya y descubre la pared helada de su monte —la más difícil de escalar—, Ramond sigue ignorando las demás caras, así como el entronque de la cima más alta con el resto de los picos del macizo. La perplejidad persiste. Las informaciones que recoge cada vez son más confusas:

> «¿El *Mont-Perdu*? No había niño que no lo supiera de memoria. Pero, fuera de eso, no había otra conexión entre el dicho y el hecho. Unos lo situaban en Francia; otros, en España. Alguien lo había

visto al pasar por la brecha del Taillón, pero, según sus cuentas, existirían dos o tres Montes Perdidos. Otros lo trataban familiarmente y sostenían que en su juventud habían conducido rebaños a pastar en esa montaña. Se afirmaba que el cazador más valiente solo pudo escalar su cima con ayuda del diablo. Una cosa quedaba clara: nadie conocía esta montaña. Nunca existió monte mejor bautizado: monte sin encontrar, *Mont-Perdu*.»



Por el lado de Aragón, el problema no era acuciante, toda vez que nadie se había propuesto explorarlo. Por esta vertiente, el grupo de montes tenía un nombre muy diferente, existiendo además la particularidad de que el macizo completo se ofrecía visible y bien destacado desde muchos pueblos y valles, así como desde la lejanía del Medio Aragón y de la infinidad de serranías que lo fragmentaban.

Desde muchos puntos se divisaban, cercanas y unidas entre sí, tres cumbres casi siempre cubiertas de nieve, con una elevación semejante. Las gentes las conocían de antiguo en forma de hermandad. Fueron y siguen siendo las «Tres Sorores», con variantes fonéticas según los lugares: *Tresorodes* o incluso *Tercarós*.



A Ramond no le habría complacido enterarse de esta facilidad de conocimiento por parte de tantos valles de Aragón, frente a los problemas y desconocimiento que experimentaba en el lado francés. Y menos aún, saber de las andanzas de otro oficial geodésico español: don Vicente de Heredia, compañero de misión de Junker, quien fue el que anotó lo del «*Mont-pregut*».

Ambos oficiales estuvieron rondando por el Alto Aragón, procedentes de Navarra, estableciendo estaciones alrededor del Monte Perdido, hasta que Heredia terminó en 1792 con la medición de un mojón —o «señal»— al que, sin vacilación,

asignó el nombre de «Tres Sorores». Todo ello, junto con la relación de ángulos, lo comunicó a su amigo y compañero Junker. Este, reuniendo las respectivas anotaciones, compuso un mapa [del cual solo se conocen tres ejemplares], que vamos a reproducir aquí[4], y donde figura claramente en un extremo la anotación «Tres Sorores», con el signo indicativo de haber dejado una señal de geodesia.

Por lo tanto, debe deducirse que el propio Heredia, o alguno de sus hombres, subió hasta la cima en el año 1792, anticipándose diez años a la acción de Ramond y la de sus guías. En cualquier caso, sin afán de conquista, sin sentir las rivalidades que afectaron a Ramond.

LOS MONTES MALDITOS

Vamos a unir el Monte Perdido con otros nombres de anatema: el de otros montes malditos. Así se asignó, por leyendas, a otro conjunto de los Pirineos, también conocido como la Maladeta.

Mientras que, para Ramond y su grupo, el problema consistía en situar una cumbre que buscaban perdida entre otras muchas, encerrada en un recinto montañoso rodeado de murallas, para la gente de otros valles, la perdición y la maldición atribuidas a aquellas montañas tan sobresalientes derivaban de la esterilidad de sus laderas. A diferencia de otras montañas menores, carecían de hierbas y árboles, precisamente los dones que más apreciaban los rústicos y sus animales en las alturas próximas a sus moradas.

Esto lo atribuían a poderes mágicos, a obras del diablo, creencias que las fábulas y leyendas se encargaban de alimentar.

Resulta curiosa la antigua similitud entre los dos macizos supremos de los Pirineos y el conjunto alpino del Mont Blanc,

---

4. Desafortunadamente no disponemos de dicho mapa [N. del Ed.]

en el valle de Chamonix. Había allí un Monte Blanco, «montaña de hielo y de cristal», formado por «cinco montañas de hielo completamente puro», según definición de algunos primeros viajeros[5].

A partir del siglo XVII, empezaron a recibir una denominación genérica, hasta la llegada en 1760 [poco antes de que en los Pirineos comenzaran las actividades de los oficiales geodésicos y la presencia de Ramond] del caballero Horace-Bénédict de Saussure, procedente de Ginebra. Este iba a desempeñar para su Monte Blanco el mismo papel de descubridor y animador que, desde Barèges, desempeñaría Ramond para el Monte Perdido: el de encontrar un camino de ascensión y realizar las ascensiones solemnes y de carácter oficial.

Al conjunto de los Alpes se lo conoció durante mucho tiempo como *Les Glacières* y, más particularmente, como la «Montaña Maldita», debido a las devastaciones que los glaciares terminales causaban periódicamente en el valle, destruyendo campos y caminos, y arrasando caseríos. Maldiciones atribuidas a la obra de demonios. Es fehaciente que, en varias ocasiones, los obispos de Annecy —entre ellos san Francisco de Sales— subieron al priorato de Chamonix a exorcizar los hielos y conjurar la amenaza.

Así pues, *montes malditos* en las dos cordilleras de Europa. También *montes perdidos* en ambas.

Sobre el Monte Perdido de los Pirineos vamos a recomponer las diversas historias de sus varios conquistadores.

---

5. Claire Eliane Engel: «Lo Mont-Blanc», ed. V. Attinger-Neuchatel (París), 1965. [N. del A.]

EL PREDESCUBRIMIENTO

La presencia del pastor junto a los guías que finalmente subieron al Monte Perdido me pareció sugestiva para un artículo que se publicó en la revista *Montaña* del Centre Excursionista de Catalunya en el año 1962, bajo el título: «El primer escalador del Monte Perdido fue un pastor aragonés».

A mi modo de ver, el mérito de la primera ascensión, al lado de unos guías profesionales, corresponde al aragonés, por haber asumido la dirección de la marcha.

Ese escrito me puso en contacto, por correspondencia, con dos pirineístas constantes de la vertiente francesa: el profesor Jean-Jacques Martin, descendiente de Ramond de Carbonnières por la rama femenina [a quien ya hemos mencionado]; y monsieur Luc Maury, de París, hijo de otro pirineísta que fue compañero del conde de Saint-Saud en sus expediciones, en particular por los Picos de Europa.

Por las noticias que me comunicó Maury, pude llegar a la conclusión de que, antes del pastor, existieron otros que ya conocían un camino directo para subir desde el valle de Pineta hasta la cumbre del Monte Perdido. Eso explicaría la seguridad de palabra y, de hecho, con la que aquel pastor se ofreció a subir junto con los guías.

De haber cometido algún error en el trayecto o mostrado dudas en la dirección de la marcha, los guías no habrían dejado de reflejarlo en alguno de sus escritos, para valorar mejor su propia labor. Pero ningún indicio en ese sentido ha llegado hasta nosotros.

Como veremos en su momento, y gracias a las investigaciones de Luc Maury, incluso los guías franceses supieron algo de ese camino, así como de la existencia, en el santuario de la Virgen de Pineta, de un rector dispuesto a acompañar a algún excursionista desde allí hasta la cima del monte en una sola jornada, siempre que la temporada estuviera avanzada y hubiera poca nieve en la parte alta.

Incluso podremos dar el nombre y filiación de ese párroco tan pirenaico.

Luc Maury figura también entre quienes sostienen con firmeza que el hecho comprobado de la existencia del vértice geodésico —la «señal de las Tres Sorores»— y su ubicación en el mapa de Junker, exactamente donde se sitúa el Monte Perdido, hacen merecedor a Heredia, o a alguno de sus hombres [el que subió a levantar la torreta], de ser considerado el primer conquistador de ese disputado monte.

Por ello, resultaría de sumo interés llegar a encontrar los cuadernos, libretas o papeles de campo de Heredia, que tal vez yacen olvidados en alguna carpeta archivada en un rincón desconocido.

Aunque en ese empeño fracasó, en el año 1912, el conde de Saint-Saud, cuando estuvo en Madrid, muy bien secundado en su búsqueda, hurgando en los antecedentes de la Comisión franco-española del año 1780.

La recopilación de todos esos hilos del predescubrimiento tendrá el carácter de notas y documentos completamente desconocidos para los lectores actuales. Quisiéramos transmitirles la misma sorpresa y fascinación que sentimos al conocer esas noticias.

Procederemos a la inversa, hacia atrás, partiendo de las dos relaciones oficiales y públicas de Ramond de Carbonnières, hasta hace poco incontestadas y admitidas en todas partes.

Con este triunvirato —formado por Ramond de Carbonnières, los pastores aragoneses y el párroco del santuario de Pineta, y el grupo de oficiales geodésicos Junker-Heredia—, nos disponemos a historiar el descubrimiento y la conquista de la cumbre más eminente del conjunto que empezó llamándose *Mont-pregut*, para pasar a *Mont-Perdu* o Monte Perdido, y que en otros lugares se designaba como *Tres Sorores, Tresorores* o *Tercarós*.

Y para torcer el ritmo de la historia, nos acogemos a una frase de Franz Schrader, quien desempeñó un papel tan im-

portante en completar el descubrimiento del Monte Perdido y de sus aledaños. En uno de sus escritos, sin imaginar el alcance que acabaría teniendo, declaró:

«*On n'est jamais le premier*»

«No hay nadie que [en la montaña[6]]
pueda considerarse como el primero».

6. El corchete es obra del editor, para dar énfasis y concreción a la frase en su justo contexto. [N. del Ed.]





«¿El *Mont-Perdu*? No había niño que no lo supiera de memoria. Pero, fuera de eso, no había otra conexión entre el dicho y el hecho. Unos lo situaban en Francia; otros, en España. Alguien lo había visto al pasar por la brecha del Taillón, pero, según sus cuentas, existirían dos o tres Montes Perdidos. Otros lo trataban familiarmente y sostenían que en su juventud habían conducido rebaños a pastar en esa montaña. Se afirmaba que el cazador más valiente solo pudo escalar su cima con ayuda del diablo.» «Una cosa quedaba clara: nadie conocía esta montaña. Nunca existió monte mejor bautizado: monte sin encontrar, *Mont-Perdu*.»

Desgraciadamente, su muerte impidió la redacción de este (...) volumen (...) dedicado al Monte Perdido, que ha reposado más de medio siglo en un cajón.

No disponemos de la versión final, pero sí de una anterior, en la que aún figuran correcciones manuscritas del propio Guilera, a partir de las cuales ha sido posible completar esta edición (...) Afortunadamente, este libro ha sido rescatado del olvido y ve la luz ahora, cincuenta y cinco años más tarde, aportando una valiosa información sobre los inicios del pirineísmo.

(Joaquim Casal Fàbrega, en el prólogo)

9 791399 244861

COLECCIÓN
CABALLOS
DEL VIENTO

www.tushitaedicions.com